

**Roberto Arlt, *En el país del viento. Viaje a la Patagonia* (1934)  
Buenos Aires, Ediciones Simurg, 1997, 161 páginas.**

Entre enero y febrero de 1934 Arlt realiza un viaje al sur como cronista del diario *El Mundo*. Los textos —que fueron publicados entonces en la columna diaria de ese periódico bajo el título “Aguafuertes patagónicas”— reaparecen ahora en la compilación realizada por Sylvia Saítta, *En el país del viento. Viaje a la Patagonia* (1934), prologados con un breve estudio que contextualiza el conjunto de artículos y señala aspectos significativos de la escritura: la dificultad de traducir un nuevo referente textual por parte de un viajero porteño que se dirige a su auditorio urbano, la incorporación de un léxico y sistemas de metaforización nuevos en Arlt, la persistencia de una lengua arltiana allí donde la naturaleza se transforma en paisaje, estilizado por la mediación de formas geométricas, mecánicas, tecnológicas.

A la manera de Erasmo de Rotterdam, quien se entretuvo ensayando el *Elogio de la locura* mientras cabalgaba de Italia a Inglaterra, obligado como estaba a ir a caballo, Roberto Arlt muestra aquí una vez más, con gesto acrobático, la multiplicidad de lugares desde donde se puede escribir (“Por momentos, detengo el caballo y, con los dedos endurecidos de frío, escribo mis impresiones”, p. 136). A pesar de las similitudes, la posición es en algún sentido inversa a la que había asumido en las “Palabras del autor” con que prologaba *Los lanzallamas* tres años antes, donde el lugar incómodo de la escritura (“en redacciones estrepitosas”, “sobre una bobina de papel o en un cuarto infernal”) aparecía como una de las condiciones de producción inevitables y obligatorias para quien no había nacido con las comodidades de una vida holgada.

En estas aguafuertes patagónicas la incomodidad es buscada por el cronista que quiere hallar historias para contar, prodigios “para satisfacer la curiosidad de mis lectores porteños”. Mientras que en el prólogo a *Los lanzallamas* el postulado consistía en que “cuando se tiene algo que decir, se escribe en cualquier parte”, aquí la industria editorial envía al cronista a otra parte para que allí encuentre algo de qué escribir, narrador-turista disfrazado de aventurero, con una máquina de fotos Kodak en una mano y una pistola automática en la otra, papel que Arlt exhibe desde las primeras páginas y asume con una mezcla de goce e ironía: “Como los exploradores clásicos me he muñado de botas (las botas de las siete leguas), de un saco de cuero como para invernar en el polo, y que es magnífico para aparecer embutido en él en una película cinematográfica” (p. 33). La ansiedad propia del turista urbano es la que surge por momentos, cuando el paisaje se vuelve progresivamente monótono, aburrido, inaguantable, porque no se parece en nada a una imagen de tarjeta postal y no merece el encuadre satisfecho del fotógrafo o la descripción entusiasta del repórter que dice querer “descubrir un nuevo continente” (p. 33).

Roberto Payró también había sido enviado a la Patagonia treinta años antes, como cronista de *La Nación* luego de una de las crisis en el conflicto de límites con Chile, y sus crónicas fueron publicadas en forma de libro en *La Australia Argentina* (1898). El tono testimonial y el fin práctico que regía los escritos de Payró reaparece ocasionalmente en las aguafuertes de Arlt, para quien el viaje da ocasión de realizar una crítica a la ausencia de las instituciones estatales. “La negligencia de las autoridades” son para Arlt, como lo habían sido para Payró, causa de “la chilenezación de la Patagonia” y de males sociales como el “hambre en los escolares del sur”. Sin embargo, el tono y el objetivo de Arlt son en general menos serios y muestran el curioso correlato del “abandono general”: la narración prolifera a medida que el Estado desaparece.

Como en los relatos de su contemporáneo Horacio Quiroga, Arlt muestra aquí, asentamientos de pobladores nativos y extranjeros en tierras que con el tiempo provocan el “olvido de la nacionalidad” y el desconocimiento de la ley. Con el borramiento del límite estatal aparece el relato: para Arlt, como para Quiroga, la “época heroica” es la del aventurerismo que hace proliferar historias de “hombres violentos”, destinos inesperados y transgresiones, como en el episodio de cuatrерismo “digno de las novelas de Búfalo Bill” (“Hubo una época heroica aquí. Al ganadero que se descuidaba lo pelaban (...) Croket tiene unas historias maravillosas”, p. 142).

Comunidades heterogéneas de “pioners” que se desterraban voluntariamente del mundo civilizado” pueblan las aguafuertes patagónicas, y personajes prometedores como aquel gaucho criollo de nombre gringo, Samuel Wagner, que recuerda al auténtico correntino apellidado Fitz-Patrick de “Los desterrados”. El espacio social y literario creado por Quiroga hacia 1926 coincide notoriamente con el espacio potencialmente literario que hace aparecer Arlt en estas aguafuertes donde la inexistencia de las instituciones es garantía de aventuras, precisamente por “la atmósfera de territorio neutral que existe en el Neuquén, el cual no parece chileno ni argentino, sino un país aparte, uno de aquellos estados luxemburgueses, principados de opereta, aunque más violento y real, como que es frontera en el más

amplio sentido de la palabra” (p. 101).

Un referente textual nuevo para el universo del escritor y de sus lectores, al mismo tiempo que la necesidad de resaltar el carácter fabuloso de las aventuras que allí escucha y reescribe, hacen que una y otra vez los artículos recurran a heterogéneas referencias literarias y cinematográficas (“y entonces no pude menos que acordarme de *La isla del tesoro*”, “los clásicos de la literatura”, “la epopeya de los Nibelungos y el Kalevala”, “Tibelhorn —¡oh, qué nombre magnífico para un cuento de Hoffman!”), “Me acuerdo de Madame Butterfly y el semblante de Silvia Sidney, la protagonista de la película, pasa por mis ojos”).

Menos solemne que Payró en su intento de recorrer con la mirada y la escritura esos espacios, Arlt se acerca más a Fray Mocho, que en 1897 había publicado *En el mar austral* cuyos descripciones de la Patagonia habían sido completamente inventadas a partir de relatos de amigos y conocidos, ya que el supuesto cronista jamás había pisado esas tierras. Tales desplantes a la contundencia del referente, así como el jugueteo con la credulidad del lector reaparecen cuando Arlt escribe la “Nota preludeo o prólogo” que abre la serie de aguafuertes, y que comienza inesperadamente con el relato de cómo al inicio del viaje “un corredor bribonazo” por la admirable virtud de sus estrategias verbales, “en cuanto largó la fábula” logró capturar la voluntad de su auditorio y llevar hacia donde él se proponía a la totalidad de los pasajeros. A continuación, bajo el subtítulo “Plan de viaje” y desplazando el eje temático previsible, el cronista incluye la referencia a viajeros mentirosos de los que —nos dice— se diferenciará, “como el médico griego Ctesias, un ranún épico, pues, sin moverse de su casa, publicó la relación de un viaje que jamás hizo por la India”, aunque en este caso el escritor enviado por *El mundo* espera “descubrir más tierras y maravillas que sir Walter Raleigh quien, después de volver de las Guyanas, intentó pasar en Inglaterra cada boleto que se dijo podía haberse escrito *Las mil y una noches* y haberse quedado en casa”, (p. 34).

La edición de estas aguafuertes de Arlt enriquece la serie de textos generados a partir de un territorio siempre desconocido y algo exótico para la imaginación: de Bruce Chatwin a Charles Darwin; de Roberto Payró a Fray Mocho; de la ‘selva patagónica’ en que transcurría “Sexton Blake en Sudamérica” —la historieta de los años veinte que narraba las aventuras de un inglés en busca del plesiosaurio— a Roberto Arlt. Documentales, fabuladores o científicos, los textos sobre la Patagonia generan la tentación de hacer proliferar las relaciones intertextuales, porque ellas dejan ver la aparición de un espacio literario fabuloso a partir de un ámbito en que lo real —por ausencia o sobresaturación— parece estar siempre más allá.

*Geraldine Rogers*